

virtual actualidad del tema. Nadie puede mostrarse ajeno a él porque este árbol magnífico ahonda sus raíces en la mayor y mejor parte de las tierras del humano saber.

Dejemos un momento la pluma para tomarla y recuperar el tema un poco más adelante.

TEÓFILO ORTEGA

BOCHICA, HIJO DE LA ATLANTIDA

«T'is strange, but true; for truth is always strange;
Stranger than fiction»

BYRON, «DON JUAN»

Hace tres noches leía cierto pasaje de nuestro buen cronista Castellanos, que «cansado de peregrinar por diversas partes de estas Indias Occidentales, tomó asiento y reposo en este Nuevo Reino de Granada, donde residió muchos años». (Prefacio de la *Historia del N. R.*)

Don Juan de Castellanos, párroco de Tunja por merced de Dios y del Rey, fue todo un personaje. Allá dirán los críticos las alabanzas que se le deben como historiador; yo, válgala la verdad, le tomé afición entrañable, más que por sus letras, por su vida de ochenta y cuatro años llena de nobles y heroicos trabajos mientras anduvo en pos de los conquistadores, apacible y estudiosa desde el día en que saludó a Tunja con estas palabras:

*«Gracias al cielo doy que ya me veo
en el pobre rincón de la morada
que por merced de Dios y el Rey poseo
en este Nuevo Reino de Granada,
después del prolijísimo rodeo
que hice con mi pluma mal cortada
cantando varios hechos y hazañas
de nuestras gentes y de las extrañas».*

(*Historia del N. R.*, Canto I).

Y no puedo negar que cuando más me cautiva don Juan de Castellanos es cuando procuro imaginármelo entreteniendo los largos ocios de su vejez meditabunda con los recuerdos de sus andanzas y aventuras, trasladándolas solícitamente al papel «para no comer el pan de balde», como él dice, y quedándose a veces con la pluma en alto y los ojos entrecerrados para evocar aquellos días que pasó en la isla Margarita, dulce Arcadia cuya memoria acarició melancólicamente la decrepitud del párroco de Tunja:

*«Margarita, tierra que quiero bien,
pues por allí gasté mi primavera».*

¿Dónde dice esto don Juan de Castellanos? A punto fijo no lo recordaba la otra noche. Mas por tratarse de una cita curiosa, me puse a la obra de registrarla con ayuda de los índices y no obstante los caracteres amacotados y borrosos que empleó Rivadeneira en su edición, «más eficaz para dejarnos ciegos que para hacernos sabios», como cuentan por ahí que dijo (y con harta razón) el señor Caro.

De página en página llegué a la 170, y de octava en octava iba acercándome a la duodécima donde presumía fundadamente que hallaría los dos versos que buscaba, cuando noté que la vista se me nublabá, que las letras se desvanecían ante mis ojos y que alguien me arrebatá el volumen que tenía entre manos. Unos momentos después me rodeó por completo una nube densa, luminosa e insondable, de cuyo seno vi surgir un fantasma desdibujado y confuso que poco a poco fue mostrando contornos y perfiles bien definidos. Copiosísimo pelambre de cabellera y de barbas encanecidas le envolvía hasta la cintura, traía la cabeza envuelta en muchas cintas o fajas angostas que remataban sobre la frente y se recogían allí para formar una especie de moño; era el rostro de notable blancura, grave y escudriñadora la

mirada; y si no hubiera sido porque el vestido reproducía la arcaica sencillez de la clámide, habría creído yo que tenía delante uno de aquellos doctores judíos que retrató Holman Hunt en el «Hallazgo del Niño».

—Algunos versos de ese libro en que leías—comenzó el aparecido—quisiera declararte antes de que vengas a desentrañarlos y aquilatarlos los eruditos, que no tardarán mucho. Cosas raras y opiniones peregrinas me imagino que sacarán de ahí.

—Vayan delante, Señor mío—le contesté—mis agradecimientos por su solicitud en doctrinarme. Avanzada es la hora ya se ve, pero desde los tiempos de Aulo Gelio hasta estos en que vivimos, muchos eximios varones han celebrado el deleite de las vigiliás doctas. Don Quijote, por ejemplo, se aficionó a ellas de manera que llegó a pasar las noches de claro en claro, atento a las razones de Amadises, Esplandianes y Florismartes. Y aun cuando usted, señor mío, no parezca pertenecer a este linaje aventurero, podría ser, vista su predilección por la crónica de Castellanos, que no fuera menos versado que ellos en lances peliagudos y truculentos.

—Déja, déja esas historias—repuso el fantasma—jamás cultivé las artes bélicas ni supe de cuchilladas y tizonazos; mi condición ha sido apacible sobremanera y mis oficios y misterios muy espirituales; por lo cual es absurdo que traigas a colación los caballeros andantes, por más que yo me les asemeje en eso de andar peregrinando. Repara ahora en estas vendas que me ciñen la cabeza y en esta almalafa que me cuelga de los hombros y dime.....

—Aguarde usted—le interrumpí—«vendas».... «almalafa».... esta misma noche leí algo que me sonó a «vendas» y a «almalafa» ...

—Si no tuvieras tan mala memoria o no leyeras tan

desatentamente, sabrías que esas voces las usa don Juan de Castellanos en el Canto primero de su Historia.

—No diga usted más; soy un mentecato. Sí señor.... lo recuerdo perfectamente. Cuenta don Juan no sé qué supersticiones indígenas y dice.... dice.... ¡Qué memoria la mía!

—Será mejor que yo lo diga para ahorrarte el trabajo baldío de poner en tortura el magín. Oye, pues, a don Juan:

*«Verdad sea que cuentan cómo vino
en los pasados siglos un extraño
a quien llamaban Neuterequetua!
o BOCHICA por otro nombramiento...
Este tenía muy crecida barba,
y hasta la cintura los cabellos,
con venda rodeados y cogidos,
al modo del rodete que ellos usan,
o como los antiguos fariseos
los anchos filacterios o coronas
con que se rodeaban la cabeza;
y del Decálogo los mandamientos
en medio de la frente colocados;
que bien de esta manera tienen éstos
una rosa de plumas en el medio
deste rodete de que tienen uso,
el cual compuesto sobre los cabellos,
cae la rosa del sobre las cejas.
Andaba, pues, a queste, según dicen,
las plantas por el suelo sin calzado,
una almalaña puesta, cuyas puntas
ataba sobre el hombro como un nudo....»*

—Ahora comprendo!.... usted, señor mío, es el propio Bochica.

—Lo has acertado, y pudieras añadir que entre los muchos nombres que avaloran la mitología muisca, el mío es interesantísimo. Aquí en confianza te diré que

no desespero de verlo abandonar los limbos de la leyenda y pasar al dominio de la historia, merced a la diligencia y maña de los sabios. Ya me parece verlos desojándose sobre el texto de Castellanos hasta apurar su sentido y desnudarme a mí de los ropajes con que me ataviaron la superstición de los muisca y la credulidad de los historiadores primitivos.

—Francamente, no sé cómo ni por qué camino logrará usted que le den fe de existencia, no siendo otra cosa que un personaje fabuloso. De pasada le advierto que si le doy tratamiento de «usted» es porque no se me ocurre otro más adecuado: el «tú» se me hace descomedido y llano en demasía, el «vuesa merced» no le cuadra a un patriarca o hierofante muisca; quedémonos, pues, con el «usted», a pesar de que ahora, más que nunca, es merecedor del calificativo de «enojoso» que le dio don Andrés Bello.

—Por eso no te acongojes. Tanto se me da de que me llames por mi nombre a secas, como de que me otorgues título de Señoría o de Excelencia. Lo que sí debes enmendar es la audacia de contarme entre los «personajes fabulosos».

—No lo dije con ánimo de ofender al gran Bochica, y si lo llamo «fabuloso», tengo para mí que lo exalto y hasta lo immortalizo. Los personajes de carne y hueso, bien sabido es que en quitándolos de la vista presto se van de la memoria; en cambio, los fabulosos, ¿con qué vigor y con qué pujanza desafían los siglos? De los hombres que conocemos, ¿cuántos vivirán lo que Sancho Panza o la Caperucita Roja?

—Pocos, sin duda; pero eso no viene a cuento. Aun a riesgo de perder la inmortalidad de que me hablas, es preciso declararte que yo no soy «personaje fabuloso» sino muy real y verdadero.

—Argumentos quisiera de esa realidad.

—Pues vas a oírlos. Mi aparecimiento entre los muiscas no es un caso raro ni único; si lo fuera, quizás podría mirársele como fruto más o menos espontáneo y fantástico de las cavilaciones indígenas. Pero sucede que en Méjico y en el Perú aparecen también, al principio de sus civilizaciones y con señales y circunstancias muy semejantes a las mías, maestros de poderosa influencia. Quetzalcohuatl-Cuculkan entre los mayas de Yucatán, y Huiracochá entre los quichuas del Perú, representan el mismo papel que representé yo entre los muiscas de Cundinamarca; los tres somos blancos, los tres tenemos barbas, los tres somos venerados por autores de una civilización, y los tres aparecimos y desaparecimos misteriosamente. Y no pienses que hablo a humo de pajas al anotar estas coincidencias: de la piel blanca y de las barbas de Quetzalcohuatl-Cuculkan dan testimonio el Obispo Las Casas y el Padre Francisco Hernández (Cf. «Historia apologética de las Indias», cap. CXXIII), de las de Huiracochá da noticia Cieza de León (Cf. Segunda parte de la «Crónica del Perú», ed. Jiménez de la Espada), y de las mías, Castellanos.

—Su preciosa erudición en punto de barbas, señor Bochica, me hace recordar a aquel doctísimo Pierio que dilucidó en un crecido in-folio todas las cuestiones atañederas a las barbas de los clérigos. No atino, sin embargo, con la importancia que puedan tener las barbas y el color de los Bochicas americanos.

—Pues la tienen y muy grande: porque esos pormenores, en apariencia secundarios, señalan y puntualizan la diversidad que existía entre nuestra raza y la de los indígenas a quienes civilizámos, los cuales bien sabido es que no peinaron ni rasuraron barbas porque no las tenían. Señalan también nuestro común origen, porque esas barbas y esa blancura son, para decirlo de otro modo, un argumento perentorio de que vinimos de otras

tierras, diré mejor, de otra tierra que fue nuestro solar común y nuestro asiento, patria y domicilio primeros. Añade a esto que esa tierra de donde salimos estaba allende el mar, porque las historias que te he citado y otras que paso en silencio (por ejemplo las de Fernando de Alba Ixtlilxochtl, Brasseur de Bourbourg, etc.) están conformes en que Quetzalcohuatl-Cuculkan y Huiracochá vinieron por la vía marítima (Cf. López de Gómara, Historia general de las Indias), y cumplida su misión, desaparecieron mar adentro (Cf. Cieza de León, ubi supra). En cuanto a mí, es claro que los muiscas, no pudiendo sospechar mis idas y venidas por el Océano, porque no lo conocían ni alinderaba sus dominios, apelaron al expediente de enterrarme en Sogamoso, de donde al cabo de dos mil años subí al cielo. (Cf. Piedrahita, Historia del N. R., pág. 13).

—Y, ¿a dónde vamos a parar nosotros con esta demostración o lo que fuere, de la semejanza entre Quetzalcohuatl-Cuculkan, Bochica y Huiracochá?

—Nada menos que a este problema muy interesante: esos misioneros prehistóricos, hombres barbados, más blancos que los indígenas del Yucatán, de Cundinamarca y del Cuzco, coetáneos de las tradiciones más antiguas, misteriosos por su origen y por su destino, portadores de una enseñanza común que no puede ser lógicamente sino fruto de una civilización extranjera, ¿de dónde vinieron?

—Exagerado me parece hablar aquí de una enseñanza común.

—¿Y te parece que puede explicarse de otro modo el culto o religión del Sol, tan hondamente arraigada y tan uniformemente observada en el espléndido Palenque, lo mismo que en el Cuzco opulento y en el legendario Sogamoso? Unánimes se muestran estos pueblos en la profesión de unas mismas creencias, y eso te de-

be persuadir la necesidad de un origen común. Sobre lo cual voy a citarte unas palabras que Roger Dévigne publicó en este mismo año: «En los orígenes de la historia vemos aparecer en algunos pueblos un héroe, explorador y civilizador, deificado más tarde, a quien se reverencia como mensajero de una enseñanza y artífice de una organización que parecen proceder de un origen común y que, aun siendo muy sencillas, equivalen al resumen de una civilización muy adelantada». («L' Empire du bronze», pág. 179).

—Oyendo esto, se llena uno de curiosidad; yo, por mi parte, no sé qué daría por averiguar el origen y patria de los tres antiquísimos maestros. Vendrían acaso de alguno de los pueblos celeberrimos cuya historia y cuyas artes son y serán asombro de los doctos; de Asiria, de Fenicia, o más bien, del Egipto?

—No ciertamente; porque es inverosímil que estos pueblos enviasen a civilizar las remotísimas comarcas del Mundo Nuevo, tres o más personajes inermes y desamparados. De mí sé decir que no tuve ayudas de costa y que no puedo reprochar cosa alguna a Castellanos por haber dicho:

*«Andaba pues, Bochica, según dicen
las plantas por el suelo, sin calzado».*

Si enviaron a alguien, de presumir es que lo enviarían con otros muchos expedicionarios y en alguna flotilla o armada muy bien apercebida. Pero también es esto un desatino, porque no cabe imaginar que en aquellas apartadísimas edades dispusieran los pueblos que has mentado de naves o galeras capaces de navegación tan dilatada y peligrosa.

—Entonces, ¿será menester que finjamos una tierra desconocida situada en las vecindades de América?

—Menester es, en efecto. Y esa tierra no es otra que aquella que Platón imaginó más allá de las colum-

nas de Hércules, mayor en dimensiones que el Asia y la Libia, superior a toda otra por su civilización exquisita; esa tierra podría identificarse con la isla «Aztlán» o «país de las garzas blancas» que celebraron los aztecas; esa tierra es la que adivinó y delineó en el siglo XVII el jesuita Kircher en su libro del «Mundo subterráneo», es aquella cuya catástrofe y hundimiento en el Océano se narran sobriamente en el Timeo y es asunto de la única epopeya contemporánea; esa tierra es la que dejó por rastros y vestigios suyos las islas Canarias, la que trataron de palpar con la sonda en el seno del Atlántico los navíos ingleses «Hidra», «Porcupine» y «Challenger», el americano «Dolphin» y la fragata tudesca «Gacela»; esa tierra es, finalmente, la que hechizó con sus postrimerías espantables la fulgurante inspiración de Verdaguer. Esa tierra es la ATLANTIDA.

—Confieso que nada mejor puede inventar la fantasía; pero la ciencia es exigente y necesita datos y argumentos más positivos que abonen las hipótesis.

—Esos datos existen y poco a poco van multiplicándose y robusteciéndose. Omito aquí y ahora su explicación y me contentaré con decirte que el relieve submarino del Atlántico Septentrional, la estructura química de las lavas extraídas de sus profundidades, la distribución actual de ciertos moluscos, las analogías de la flora miocena europea con la flora actual americana, el estudio geológico de las islas Antillas, Azores y Canarias, suministran indicios vehementes—dice Dévigne—de que allá en los tiempos cuaternarios existía, amén de una multitud de islas diseminadas entre América y Africa, otra isla comparable por sus dimensiones y situación a la Australia de hoy. Tal fue, a mi entender, el emplazamiento de la Atlántida, tal el foco de donde irradió sobre América el primer conato civilizador, y tal el centro de donde partieron esos emisarios que se llaman Quetzalcohuatl-Cuculkan entre los mayas, Huir-

cocha entre los quichuas y Bochica entre los muiscas.

—¿Y habrá pruebas de que la civilización atlante fue tan extremada como lo supone Platón en el Timeo y en el fragmento de Critias?

—Lo fue sin duda, por que sólo así pueden explicarse el por qué y el cómo se desarrollaron, andando los tiempos, las arquitecturas suntuosísimas con cuyas reliquias se enorgullecen justamente Méjico y el Perú para envidia del mismísimo Egipto faraónico. Las artes bellas no son, al fin y al cabo, sino el florecimiento material de las ideas, y si los muiscas se quedaron muy atrás en este orden de cosas, sábete que yo, Bochica, les comuniqué ideas que admiraron a los conquistadores españoles, de tal suerte que el obispo Piedrahíta opinó y trató de demostrar (por cierto con razones muy endebles), que el Apóstol San Bartolomé y yo éramos una misma persona. Si los naturales fueron rematadamente incapaces de convertir esas ideas en otras tantas fuentes de cultura y de inspiración artística, no fue mía la culpa. Por algo dijo Castellanos:

«Este (Bochica) les predicaba muchas cosas las cuales, si eran buenas, poco caso hicieron dellas, pues las olvidaron».

Volviendo a San Bartolomé, es patente que si hubiera venido a estas tierras, habría hecho por sus moradores algo más que lo que yo hice, mayormente si se atiende a que allí donde predicaron los apóstoles, luego se convirtieron las gentes a la fe cristiana. Y me pasmo de que el obispo Piedrahíta escribiera que las leyendas y noticias que por acá se guardaban acerca de Bochica «no podemos sin grave nota atribuir las a otro que a San Bartolomé» (Historia del N. R., pág. 14); me pasmo—digo—porque es afrentar la predicación de un apóstol de Jesucristo el suponer que no fue poderosa a establecer la más insignificante cristiandad ni a persua-

dir a nadie cuán abominables, pestilentes y diabólicos eran los ritos y usanzas de la superstición predominante, la cual subsistió entera y vigorosa hasta la venida de los españoles. Peregrino caso sería que todo un apóstol no hubiera logrado la conversión de los indígenas y que si la lograran los conquistadores peninsulares.

—Con su venia, señor mío, yo le opondría que según dice el señor Obispo ya citado, Bochica cuidó de enseñarles a los indios «la veneración de la santísima cruz», lo cual, dicho se está, que es un argumento en pro de la predicación del Cristianismo.

—A eso te respondo dos cosas: una es lo inverosímil de una predicación cristiana y apostólica que tuvo fuerzas para dejar arraigado el culto de la cruz y no las tuvo para dejar en los ánimos ninguna noticia plausible y acertada del Redentor y de la Redención; otra es que esa cruz que ciertamente veneraron los muiscas no fue el signo gloriosísimo que señorea la tierra, sino aquel otro signo misterioso, aún no bien descifrado, que en su cuádruple forma de *tau* (T), de cruz astronómica, de *ankh* o cruz egipcia y de *svastika*, se halla en los templos y catacumbas o hipogeos del Egipto, en las ruinas prehistóricas de Méjico y de la América Central y hasta en el interior de la India, del Tibet y de la Mongolia.

—Según eso, ¿habrá que reconocer algún parentesco entre todos esos pueblos y civilizaciones?

—Lo hay, en efecto, y quizá más grande de lo que pueda imaginarse. Patente es la analogía que existe entre los monumentos mejicanos y egipcios; Brudford, citado por Dévigne (L' Empire du bronze, página 157), llega a decir que las pirámides egipcias más antiguas son precisamente las que muestran mayores semejanzas con los «teocalis» mejicanos; y respecto del lenguaje, ahí están los estudios que han adelantado algunos inge-

nios nobilísimos para demostrar, con abundante copia de razones, que entre la lengua quichua y la egipcia «hay identidad de estructura y de raíces», y que «no sólo poseen el mismo sistema pronominal sino que también las formas gramaticales pronominales, casi en su totalidad, tienen entre sí correspondencia exacta». (Enrique Gasparri, «La lengua quichua y la lengua egipcia en sus tres formas Geroglífica, Demótica y Copta», página 264). Permíteme añadir, en fin, y a título de curiosidad, que don Juan de Castellanos al registrar el nombre de «NEUTEREQUETEUA» que los muiscas me daban, no pudo sospechar que esa palabra se resuelve facilísimamente en dos o tres egipcias muy claras y comunes, o se confunde con el nombre del fundador del imperio menfita: «Horus NEUTERKHUA». Si ello es una simple coincidencia, allá lo dirán los doctos algún día.

—Lo que usted dice, señor mío, prueba una cosa ya sabida por todos, y es que desde las riberas del Nilo hasta las tierras americanas hubo en edades remotísimas una corriente migratoria que dejó huellas y vestigios muy señalados. (Gasparri, 1 c., página 17).

—¿Pero no adviertes que esa corriente que dices no pudo establecerse directamente y sin medianeros, porque la inmensidad desconocida del Mar Océano, y el poco o ningún desarrollo de las artes náuticas en el Egipto, lo estorbaban? Si habláramos de los fenicios, yo te concedería de buen grado que no tuvieron rival como navegantes, por más que no se aventuraran más allá del Mediterráneo o de las costas africanas; pero los egipcios mucho tenían que hacer dentro de su territorio y mucho más que tratar con el «padre Nilo» para arrojar-se a emprender y organizar expediciones marítimas. Por lo cual es más verosímil suponer que la civilización egipcia y la americana prehistórica tuvieron un origen común. Y con esto, volvemos a la Atlántida.

—¿De manera que el Egipto también recibió el influjo de los atlantes?

—Lo tengo por cierto. ¿Y sabes en qué me fundo? Pues en aquella revolución religiosa de que habrás oído hablar a propósito de la vida y sucesos de Tut-Ank-Amón. Por aquel tiempo se restableció (fíjate bien en esta palabra) se *restableció* en Egipto y con extraño rigor el culto antiquísimo de RA (el sol). Recuerda ahora el papel decisivo y preponderante que desempeñó en esta empresa la reina Tii o Taya, mujer de Amenofis III, soberana misteriosa que aun hoy mismo sorprende a quien la contemple en el museo del Cairo, donde sonríe más enigmáticamente que la Gioconda en la salas del Louvre, y recuerda también que esta reina Taya que conmovió el Egipto por tal de restituir a su antigua pureza la religión solar, no era egipcia: venía de los confines africanos, de la Libia remota, de las faldas de Atlas marroquí, de la primera colonia que acaso fundaron los hijos de la Atlántida.

....Muchas cosas hubiera querido preguntarle a Bochica para cerciorarme de que sus hipótesis y cavilaciones tenían buen cimiento de hechos y de razones, pero al acabar de decir lo que antecede, no sé cómo ni por qué se desvaneció ante mis ojos.

Y así concluyó mi coloquio nocturno.

LUIS SORACTA
Colegial